

DOMINGO V DE CUARESMA (CICLO A)

El domingo pasado los textos hacían referencia a la luz de la fe. Hoy podemos entender la resurrección de Lázaro como una enseñanza sobre la penitencia.

En el evangelio de san Juan se narra la resurrección de tres muertos:

- la hija de Jairo (que acaba de morir y aún está en la cama),
- el hijo de la viuda de Naín (al que ya llevaban a enterrar)
- y Lázaro (cuatro días en el sepulcro).

San Agustín lo interpreta en el sentido de que la gracia de Jesucristo puede perdonar los pecados por muy graves que sean. Para él se trata de tres resurrecciones espirituales:

- la primera se refiere a los pecados en el corazón (está en casa),
- la segunda a los de obra (ha salido fuera)
- y la tercera a cuando el vivir sin la gracia se ha hecho costumbre.

A veces la conversión puede llegar después de muchos años abandonados (muerte espiritual). Por eso, esta reflexión es una bonita invitación a pensar en la misericordia de Dios y a acercarnos confiadamente al tribunal de la penitencia para obtener el perdón de los pecados. Ni el mucho tiempo, ni la gravedad de las culpas deben hacernos demorar más el acceso a la confesión.

El caso de Lázaro viene a ilustrar el pecador habitual que ha perdido la esperanza porque piensa que no podrá salir de la vida de pecado. Por eso dice Marta: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días». Pero para Jesús, todo es fácil.

El evangelio de hoy también nos muestra el poder de la intercesión. Hay que rogar por los pecadores con la misma insistencia que Marta y María pidieron a Jesús que viniera a salvar a su hermano Lázaro. A veces, Jesús tarda, pero no es porque no nos escuche, sino porque quiere que se manifieste mejor la gloria de Dios. Así lo hace con Lázaro, de modo que conversando después con Marta la mueve a la confesión de fe, y a María le permite mostrar la sinceridad de sus lágrimas. Ese llanto, que conmueve a Jesús, nos recuerda las lágrimas que santa Mónica derramó por su hijo Agustín y la de tantas personas que, movidas por un auténtico dolor de corazón, han alcanzado para otros la misericordia de Dios. Muchos padres, educadores, superiores de congregaciones, sacerdotes... a veces no saben qué hacer por las personas que quieren y que se descarrían. Aquí se nos muestra un camino, que es el de la oración y las lágrimas. Así nos hacemos partícipes de los sufrimientos del Corazón de Jesús por los pecados de los hombres. Este modo de proceder se manifiesta mucho más provechoso que otros, pero ha de fundarse en una sincera y profunda fe.

Jesús resucita a Lázaro y «el muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario». San Agustín ve en este hecho una imagen de la costumbre. Cuando nos perdonan los pecados en el sacramento de la penitencia, se nos restituye la vida de la gracia pero no desaparecen las consecuencias de los pecados ni, si están muy arraigados, la inclinación a cometerlos de nuevo. Por eso Jesús añade: «Desatadlo y dejadlo andar».

Invitación a emprender una vida virtuosa de esforzarse por hacer el bien (auténtico propósito de enmienda). Algunos Padres ven en estas palabras una referencia a la Iglesia y a todos los fieles que han de ayudar a los pecadores convertidos en su nueva vida. Ojalá en nuestro plan de vida cristiana incluyéramos la preocupación por la santidad de los demás. Y en lugar de juzgar, ayudáramos con los medios naturales y los de la gracia.